

Una Poli-ética contra la corrupción

Un nuevo fantasma recorre el mundo: el fantasma de la anti-corrupción. La década del 90 ha sido llamada, a nivel mundial, la década de la corrupción. Pero es la década, también, de una nueva toma de conciencia sobre la importancia de la ética y de la integridad en la función pública.

Nunca podremos medir con certeza si durante los últimos años aumentaron los hechos de corrupción en el mundo; sí se puede afirmar que aumentó la divulgación de esos hechos en los medios y, por lo tanto, la percepción de corrupción.

La mezcla entre el fin de la Guerra Fría, democratización y aldea global de las comunicaciones abrió las compuertas a los escándalos políticos de corrupción. Como secuela, cayeron estrepitosamente del poder Presidentes como Collor de Mello, en Brasil, y Carlos Andrés Pérez, en Venezuela, y se desató la llamada crisis de la política. Dentro de este contexto, los afectados han sido especialmente los Presidentes, la clase política y los partidos políticos.

Como parte de la ola anticorrupción, en 1993, se fundó Transparencia Internacional y, en 1994, durante la Cumbre de las Américas celebrada en Miami, se dio prioridad al tema de la corrupción; de allí nació la idea para la Convención Interamericana contra la Corrupción, la cual fue firmada por los

estados miembros de la OEA en marzo de 1996.

Más recientemente, El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional reconocieron, por primera vez, que la corrupción constituye un cáncer con incidencia negativa sobre el ambiente de las inversiones y el crecimiento económico.

Durante la Conferencia Internacional contra la Corrupción, realizada en Pekín, en octubre de 1995, el conjunto de ponencias insistieron en que es mejor la prevención que la cura de la corrupción; que es necesario comprender las causas y mecanismos de la corrupción; que es crucial la participación de los ciudadanos en la lucha contra la corrupción; y que es necesaria la cooperación internacional en la lucha contra la misma.

En la esencia de la corrupción, los políticos y los funcionarios manejan la cosa pública como "cosa nostra". En la base de una política contra la corrupción, debe buscarse la construcción de un Estado ético, transparente y eficiente, al servicio del bien general. Un Estado en el cual los funcionarios y los políticos no usen, o se apropien, de los bienes y recursos públicos como si fueran su propiedad privada.

Una política contra la corrupción debe ser, en primer lugar, una Poli-ética contra la corrupción. Es decir, es ne-

cesario que la política vuelva a estar subordinada a la ética. Esto, para muchos políticos, es verdaderamente una utopía. Una Poli-ética contra la corrupción debe incluir una estrategia nacional de integridad que contemple tanto la prevención como el control de la corrupción.

Para ello, es indispensable un esfuerzo concertado entre las instituciones estatales que luchan contra la corrupción, los medios de comunicación y las organizaciones de la sociedad civil. En el caso de Costa Rica, convendría coordinar los esfuerzos entre entidades como la Contraloría General de la República, el Ministerio Público y la Defensoría de los Habitantes, entre otras, con organizaciones de abogados, contadores y otros grupos de ciudadanos.

Por otra parte, y frente a la evidente internacionalización del hecho corrupto, se hace indispensable y necesario el establecimiento de redes internacionales contra la corrupción.

Finalmente, en tiempos de la sociedad del conocimiento y de revoluciones tecnológicas, las posibilidades técnicas y científicas del corrupto se han expandido; solo podrán ser contrarrestadas con instrumentos de igual refinamiento y sofisticación. No podemos olvidar que en la corrupción de hoy las computadoras y el Internet han sustituido al puñal y a las ametralladoras.

Sin embargo, hay que precaverse de los excesos y de los fundamentalismos. Como escribió Peter Eigen, Presidente de Transparencia Internacional: "toda reforma anticorrupción debe ser encarrilada de tal modo que se compadezca con las normas internacionales de derechos humanos, en particular en lo referente al debido proceso y juicio justo".

Hay que tener cuidado de no confundir la Poli-ética contra la corrupción y el narcotráfico con la utilización de estos temas para montar cacerías de brujas contra periodistas, gerentes, accionistas de medios de comunicación o incluso, personalidades políticas.

La lucha contra el "pecado" no justifica la hoguera o la inquisición. Es más, hoy sabemos que la hoguera y la inquisición constituyeron modalidades extremas de "pecado".

Ningún país está al margen de la corrupción, y ninguna institución humana está exenta de riesgos de corrupción. Puede haber corruptos en los partidos políticos, en los medios de comunicación y hasta en las iglesias. Pero conviene tener cuidado en atribuir el calificativo de corruptos a todos los miembros de una institución o colectividad. El problema consiste tanto en prevenir y controlar la corrupción, como en reprimirla en el marco del Estado de derecho y el respeto a los derechos humanos.



OSCAR ALVAREZ*

* Político.